

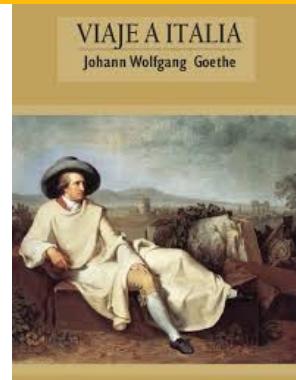


La arqueología de
Mégara y la importancia
de sus puertos

Erica Couto



SEMILLAS



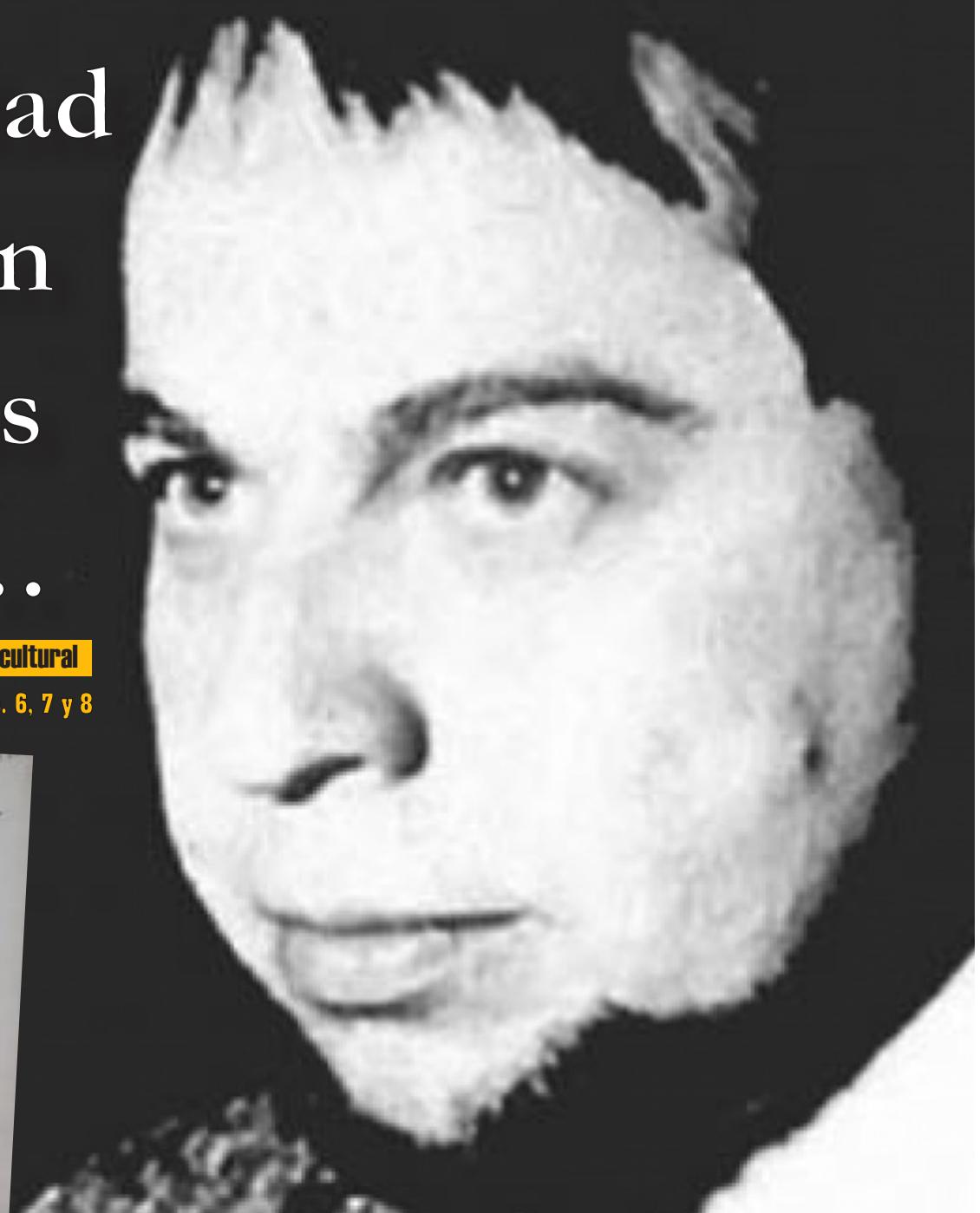
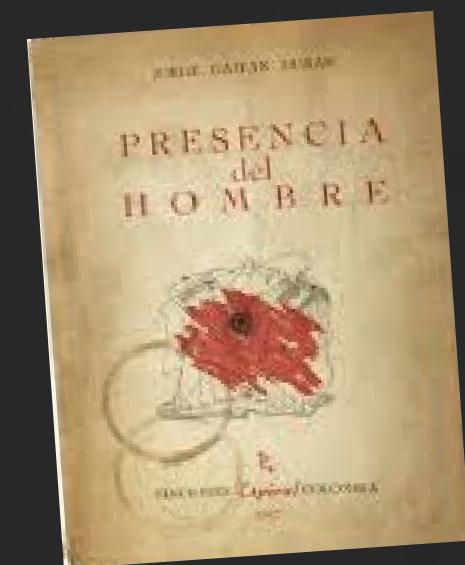
Viaje a Italia
El fascinante
Diario de Goethe

Nº 69

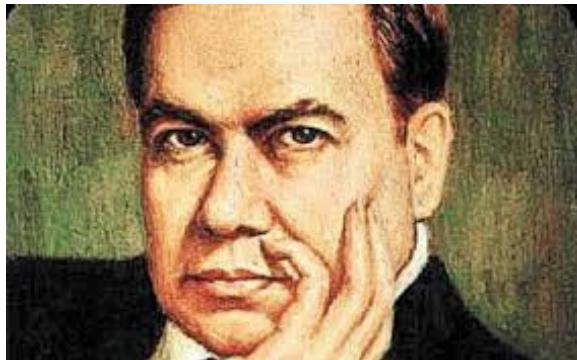
La intelectualidad de Jorge Gaitán Durán, 63 años de su muerte...

Banrepública cultural

In Memoriam / Págs. 6, 7 y 8



“Una tarde, la princesa, vio una estrella aparecer...”



RUBÉN DARÍO

Nació el 18 de enero de 1867 en San Pedro de Metapa, hoy Ciudad Darío, Matagalpa, Nicaragua.
Managua el 6 de febrero de 1916.

La quería para hacerla
decorar un prendedor,
con un verso y una perla
y una pluma y una flor.
Las princesas primorosas
se parecen mucho a ti:
cortan lirios, cortan rosas,
cortan astros. Son así.
Pues se fue la niña bella,
bajo el cielo y sobre el mar,
a cortar la blanca estrella
que la hacía suspirar.
Y siguió camino arriba,
por la luna y más allá;
más lo malo es que ella iba
sin permiso de papá.
Cuando estuvo ya de vuelta

de los parques del Señor,
se miraba toda envuelta
en un dulce resplandor.

Y el rey dijo: «¿Qué te has hecho?
te he buscado y no te hallé;
y ¿qué tienes en el pecho
que encendido se te ve?».
La princesa no mentía.
Y así, dijo la verdad:
«Fui a cortar la estrella mía
a la azul inmensidad».
Y el rey clama: «No te he dicho
que el azul no hay que cortar?
¡Qué locura!, ¡Qué capricho!...
El Señor se va a enojar».
Y ella dice: «No hubo intento;



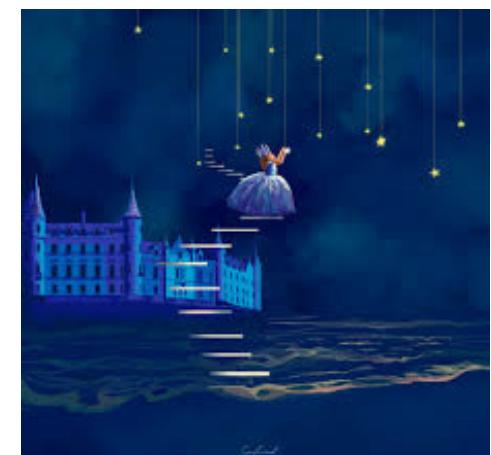
A MARGARITA DEBAYLE

Margarita está linda la mar,
y el viento,
lleva esencia sutil de azahar;
yo siento
en el alma una alondra cantar;
tu acento:
Margarita, te voy a contar
un cuento:
Esto era un rey que tenía
un palacio de diamantes,
una tienda hecha de día
y un rebaño de elefantes,
un kiosko de malaquita,
un gran manto de tisú,
y una gentil princesita,
tan bonita,
Margarita,
tan bonita, como tú.
Una tarde, la princesa
vio una estrella aparecer;
la princesa era traviesa
y la quiso ir a coger.



yo me fui no sé por qué.
Por las olas por el viento
fui a la estrella y la corté».
Y el papá dice enojado:
«Un castigo has de tener:
vuelve al cielo y lo robado
vas ahora a devolver».
La princesa se entristece
por su dulce flor de luz,
cuando entonces aparece
sonriendo el Buen Jesús.
Y así dice: «En mis campañas
esa rosa le ofrecí;
son mis flores de las niñas
que al soñar piensan en mí».
Viste el rey pompas brillantes,
y luego hace desfilar
cuatrocientos elefantes
a la orilla de la mar.
La princesita está bella,
pues ya tiene el prendedor
en que lucen, con la estrella,
verso, perla, pluma y flor.

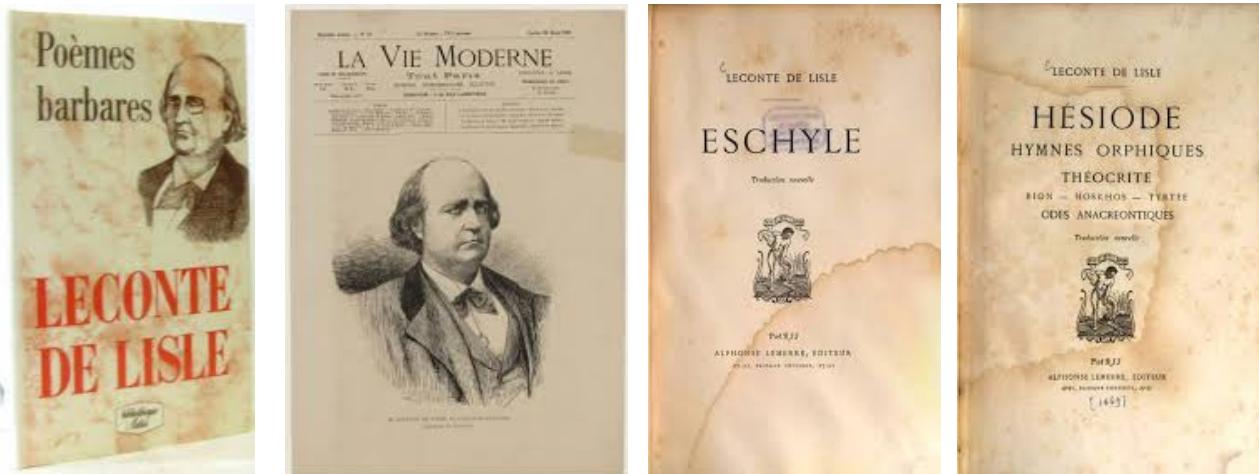
Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar:
tu aliento.
Ya que lejos de mí vas a estar,
guarda, niña, un gentil pensamiento
al que un día te quiso contar
un cuento. 





Leconte de Lisle

(Charles Marie René Leconte de Lisle; Saint-Paul, Reunión, 1818 - Louveciennes, 1894)

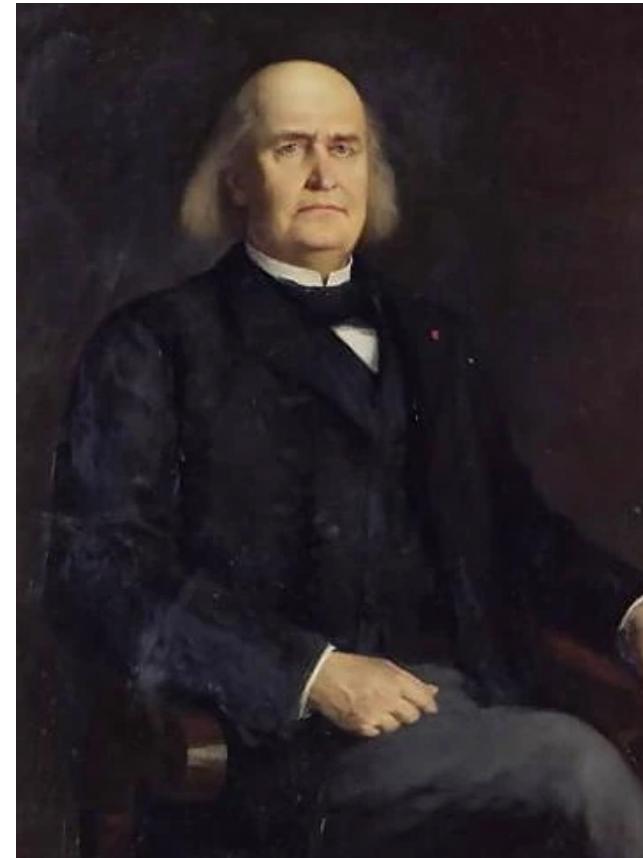


Leste poeta francés fue uno de los iniciadores y el máximo representante del parnasianismo, corriente poética que hizo suya la divisa del «arte por el arte», de Théophile Gautier y aspiró a una lírica de belleza clásica, elaborada minuciosamente en busca de la perfección formal, con preferencia por los temas exóticos y al margen de las efusiones del «yo» romántico o de las intencionalidades morales o sociales. Gestado en torno a Le Parnasse Contemporain (1866-1876), el parnasianismo contó entre sus miembros con poetas como Catulle Mendès, Sully Prudhomme, François Coppée o José María de Heredia, pero atrajo asimismo en los comienzos de su trayectoria a simbolistas como Verlaine o Mallarmé, e influyó en el modernismo de Rubén Darío.

Leconte de Lisle nació en la isla de Reunión, colonia francesa en el océano Índico, y procedía de una familia acomodada dueña de plantaciones en la isla. Recibió una formación ilustrada (Diderot, Voltaire y Rousseau fueron sus primeras lecturas) y a los diecinueve años se trasladó a Francia y se instaló en Rennes, donde emprendió la carrera de derecho, que pronto interrumpió para dedicarse a la escritura y a colaborar en periódicos de la provincia; creó además una revista efímera y un diario satírico condenado por la justicia desde el primer número.

Después de un breve periodo en su tierra natal (1843-1845), regresó definitivamente a Francia. En la capital frecuentó ahora algunos ambientes literarios, y conoció a autores como Louis Ménard, Théodore de Banville y Charles Baudelaire. Se vinculó además a publicaciones en la línea de Charles Fourier y el socialismo utópico (fue secretario del órgano fourierista La Phalange), y tomó partido a favor de la emancipación de los esclavos.

Pero el fracaso de la Revolución de 1848, en la que había participado activamente, lo alejó de la política; la abolición de la esclavitud ese mismo año arruinó a su familia, que rompió toda relación con él, y lo precipitó en la pobreza. Se refugió entonces en el apasionado estudio de la lengua griega y de los poetas clásicos, y, también, en la creación poética. Pese a su desencanto, conservó



su ideario democrático, republicano y anticlerical, y encontró en el politeísmo un cierto ideal de democracia; a sus ojos, la Edad Media cristiana encarnaba el triunfo del monoteísmo y la intolerancia.

Desde sus primeros poemas tomó como fuentes las grandes civilizaciones paganas: los Poemas antiguos

(1852) asocian poemas de inspiración griega con otros hindúes. En el prefacio atacó con violencia las tendencias románticas. En 1853 concibió el proyecto de poner en verso todas las cosmogonías. Los Poemas bárbaros (1862), inspirados en leyendas bíblicas y en mitologías célticas y escandinavas, fueron en parte una realización de ese proyecto.

El compendio lo consagró como maestro de la nueva poesía filosófica que desdeñaba las expansiones románticas del yo en beneficio del aliento místico de la humanidad. Reconocido como líder por los jóvenes poetas parnasiános, por afirmar la superioridad de lo bello sobre lo útil, dedicó también parte de sus esfuerzos a las traducciones del griego (los Idilios de Teócrito y la Ilíada y la Odisea de Homero) y pudo superar su precaria situación económica con un puesto de bibliotecario del Senado (1872).

En 1886 sucedió a Víctor Hugo como miembro de la Academia Francesa. Dos años antes había publicado su tercer gran compendio de poemas, Poemas trágicos (1884), de un lirismo más atormentado; el volumen incluye la tragedia en verso Las Erinnias, representada en París en 1873.

Leconte de Lisle dedicó sus últimos años a la preparación de otro volumen que aparecería póstumamente bajo el título Últimos poemas (1895), e incluyó también el drama La Apolónida (1888), nunca representado. Además de los autores citados, dejó también traducciones de Hesíodo y Anacreonte, así como de las tragedias de Esquilo y Sófocles.



La arqueología de Mégara y la importancia de sus puertos

ERICA COUTO

Historiadora y asirióloga

Munque su legado haya sido opacado, en gran parte, por el peso cultural de Atenas, Mégara desempeñó un papel notable en el desarrollo del pensamiento socrático y a través de figuras como Euclides, Ictías y Estilpo, la ciudad tejió su propio relato intelectual. La riqueza de Mégara en la antigüedad no puede entenderse sin considerar su privilegiada ubicación geográfica, origen de la relevancia de sus puertos.

Situada en el istmo de Corinto, Mégara actuaba como un nodo natural entre el Ática y el Peloponeso, lo que la convirtió en un centro comercial y marítimo de primer orden. Durante la época arcaica y clásica, Mégara utilizó esta posición ventajosa



para fundar colonias tan importantes como Bizancio y Calcedonia, que les permitieron extender su influencia más allá del núcleo griego. Así, su red portuaria no solo sustentaba su economía local, sino que era la base de su ambición colonial y marítima. Las excavaciones arqueológicas realizadas principalmente a partir del siglo XIX han revelado un urbanismo organizado en torno a una acrópolis fortificada y un entramado de calles que testimonian su antigua prosperidad. Los restos de murallas, los cimientos de edificios públicos y domésticos, y los fragmentos de cerámica corroboran las fuentes literarias que describen a Mégara como polis de notable actividad.

LOS PUERTOS DE MÉGARA

Uno de los aspectos más destacados de la arqueología megarense deriva de su red portuaria. Mégara contaba con dos importantes puertos: Pegae, en el golfo de Corinto, y Nisaea, en el golfo Sarónico, ambos esenciales para su comercio y proyección naval. Mientras Pegae permitía el acceso al oeste griego e itálico, Nisaea conectaba directamente con el Egeo y, por extensión, con Asia Menor.

Un conjunto de murallas conocidas como "los muros largos de Mégara" protegían la conexión terrestre entre Mégara y Nisaea, lo que aseguraba el tránsito de bienes y tropas entre la ciudad y el mar. Aunque hoy solo quedan vestigios, estas fortificaciones eran comparables, en origen, a las más famosas de Atenas. Las conexiones comerciales y culturales con otras ciudades del Mediterráneo la convirtieron, además, en un importante punto para el desarrollo de la ciencia y la filosofía.

Tras la ejecución de Sócrates en el 399 a.C., varios de sus discípulos, incluido Platón, buscaron refugio fuera de Atenas. Mégara se materializó como un destino natural, tanto por su cercanía geográfica como por su régimen oligárquico favorable. Según Hermodoro de Siracusa, estos fugitivos anhelaban encontrarse con Euclides, un destacado alumno de Sócrates, quien había fundado allí lo que más tarde se conocería como la escuela megarense. Diógenes Laercio, entre otros autores de la antigüedad, documentó que los seguidores de Euclides se denominaron inicialmente megáricos, luego erísticos y,





finalmente, dialécticos, en referencia a su estilo particular de argumentación en forma de preguntas y respuestas.

EL CARÁCTER DE LA ESCUELA MEGARENSE

Definir con precisión a los megarenses resulta complejo. A diferencia de otras escuelas filosóficas griegas, los megarenses carecieron de una estructura institucional rígida o de una sede formal. Se trató, más bien, de una agrupación fluida de pensadores interesados en la lógica, la metafísica y, en menor medida, la ética. Aristóteles los menciona en su *Metafísica*, mientras que Epicuro llegó a escribir un tratado titulado *Contra los megarenses*. También Estrabón reconoció que Mégara fue, en algún momento de su historia, un centro activo de filosofía. Sin embargo, la falta de una figura única de liderazgo tras Euclides y la ausencia de un programa doctrinal homogéneo hacen que su conceptualización como “escuela” deba entenderse en un sentido flexible.

FIGURAS PROMINENTES:

EUCLIDES DE MÉGARA

Euclides, discípulo directo de Sócrates, se considera



ESTILPÓN DE MÉGARA

Estilpón (ca. 360-280 a.C.) representa la cúspide y el ocaso de la escuela megarense. Reconocido por su aguda dialéctica y su independencia de pensamiento, Estilpón fue ad-



mirado tanto en Mégara como en Atenas. Enseñó a figuras tan relevantes como Zenón de Citio, el fundador del estoicismo y desempeñó un papel político en Mégara. Durante la toma de la ciudad por Demetrio Poliorcetes en 307 a.C., se preservó su casa y se le restituyeron sus bienes, probablemente como un gesto político hacia una figura influyente. La anécdota donde Estilpón afirma que no ha perdido nada de valor, ya que conserva su saber, ilustra su filosofía de desapego frente a los bienes materiales.

LA MEMORIA DE LOS MEGARENSES

La ciudad de Mégara mantuvo en el recuerdo a sus pensadores ilustres. Incluso siglos después de la desaparición de la escuela megarense, Euclides se mantuvo como figura venerada. En época romana, durante el reinado de Adriano, Mégara acuñó monedas que representaban a Euclides cubierto con un velo o manto: esta imagen evoca la leyenda de su travesía nocturna disfrazado para escuchar las enseñanzas de Sócrates en Atenas. Este gesto numismático constituye un claro ejemplo de cómo las ciudades griegas bajo dominio romano reivindicaban su identidad a través de sus glorias intelectuales pasadas.

UNA URBE PARA LOS FILÓSOFOS

Mégara, la vibrante ciudad portuaria de la antigüedad, fue tanto un importante enclave comercial como la cuna del pensamiento independiente. A través de la figura de Euclides y sus discípulos, contribuyó de manera discreta, pero significativa a la historia de la filosofía griega. Aunque su escuela nunca rivalizó con la Academia platónica o el Liceo aristotélico en términos de influencia duradera, su apuesta por la lógica y la dialéctica dejó una impronta reconocida por generaciones posteriores.





La intelectualidad de Jorge Gaitán Durán, 63 años de su muerte...

BANREPÚBLICA CULTURAL

Poeta, crítico literario, ensayista y pensador de Norte de Santander (Pamplona, 12 de febrero de 1924 - Antillas Francesas, 22 de junio de 1962). Alma del movimiento intelectual de Mito, Jorge Gaitán Durán era hijo del ingeniero Emilio Gaitán Martín y de la ilustre santandereana Delina Durán Durán, perteneciente a una familia de políticos liberales, propietarios de tierras en el departamento.

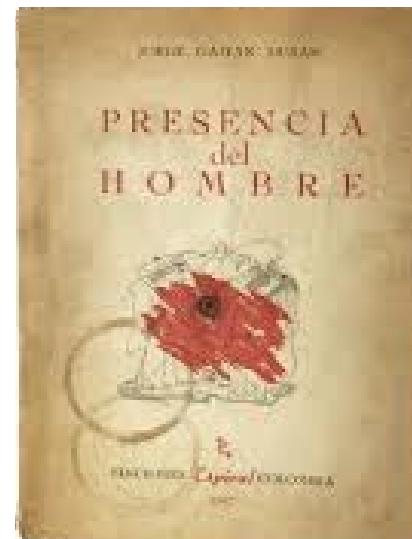
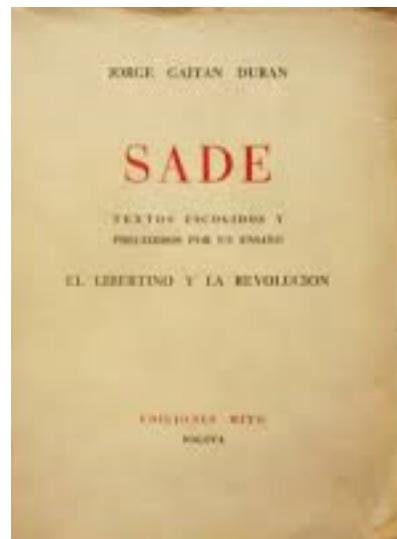
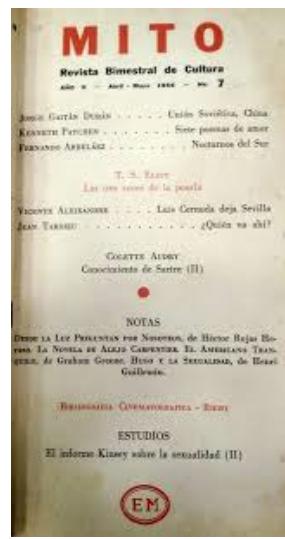
Desde su nacimiento, su sino fue la abundancia, lo que le permitió llevar una vida cómoda, enteramente consagrada a la pasión intelectual: viajes, libros, creación de una revista de cultura, apoyo ideológico al liberalismo de su país. Gaitán Durán estudió la primaria y el bachillerato en Cúcuta (nació en Pamplona incidentalmente, durante una breve permanencia de su madre allí). Ya en la secundaria se manifestaron sus inquietudes literarias y por el teatro, al lado de su afición al basquetbol, deporte en el cual representó a su departamento a nivel nacional al terminar el bachillerato. En 1941 viajó a Bogotá para hacer sus estudios universitarios.

Se inscribió en la Facultad de Ingeniería de la Universidad Nacional, pero el año siguiente pasó a



la Javeriana para estudiar Derecho, carrera que terminó en 1947, cuando ya había publicado sus dos primeros libros de poemas: *Insistencia en la tristeza* (1946) y *Presencia del hombre* (1947). Para el joven poeta, así como para el ya bastante formado intelectual, el medio literario bogotano resultaba demasiado provinciano (lo cual no deja de sentirse en sus versos), dominado por el culto social al poeta como hombre público y por la ausencia total de crítica. Gaitán trató de acomodarse a ese medio, con incursiones de reseñista en *El Tiempo* y en algunas revistas culturales. Sin embargo, su trabajo reclamaba contexto, una mayor visión literaria y una experiencia de la modernidad que Colombia no podía ofrecerle en ese momento.

Por ello fue fundamental en su vida el exilio, entendido como una pura aventura intelectual autónoma. No obstante, hay que resaltar el hecho de que Gaitán ya había iniciado en Colombia una carrera poética de relativos (y precoces) logros, y que ya se había involucrado en el tortuoso y difícil quehacer político del país, justo en el período de la Violencia, apoyando el movimiento del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán y, asesinado éste, participando en un conato de insurrección que lo llevó a acompañar a Jorge Zalamea en la toma de la Radiodifusora Nacional, el mismo 9 de abril.



De cualquier modo, antes de viajar a Europa en 1950, Gaitán Durán ya había establecido algunos contactos y forjado amistades intelectuales que a su regreso fueron decisivas en su misión de humanista. Tal es el caso de su relación con el propio Zalamea o con Hernando Téllez, quien prologó su segundo libro de poemas. Es decir, de alguna manera se relacionó con los intelectuales de la generación anterior, los más cosmopolitas y un tanto al margen del medio que Gaitán despreciaba. Visto el clima de violencia en que se pervertía su acción política, Gaitán partió hacia Caracas en 1950 y se embarcó en La Guaira rumbo a Europa. Simultáneamente, comenzó a escribir un Diario que debe contarse entre los monumentos literarios no convencionales más lúcidos y reveladores que hayan sido escritos en Colombia. Este Diario abarca dos períodos de viaje: 1950-1953 y 1959-1960.

En sus maletas, Gaitán llevaba los manuscritos de su tercer poemario, tal vez el más singular de todos por la presencia de un riquísimo y sensual fraseo lleno de exuberantes descripciones del trópico y de gran color paisajístico. Ese libro, Asombro, fue publicado en París en 1951. Por lo demás, Gaitán iba buscando una redefinición más vital (y más primordial: en sus fuentes) del socialismo crítico al que se había inclinado desde su experiencia liberal colombiana. Partía de un supuesto que de hecho tiene mucho que ver con el tono trágico de su propia poesía: el determinismo (no del todo ineluctable) de la conciencia de clase burguesa. Entre sus primeras anotaciones en el Diario, aún embarcado, leemos, en una consideración



sobre la condición de negro de uno de sus compañeros de viaje: Hasta cierto punto su situación es semejante a la del escritor burgués, de acuerdo intelectualmente con el marxismo, pero que no puede asumirlo humanamente.

Al mismo tiempo, reconocía, pocos meses después, en Varsovia, la importancia de un gobierno socialista orientado a lo “esencialmente” popular. Esa doble tensión de su ser de intelectual en busca de compromiso se hará patente en su Diario como un mohín crítico, a veces demoledor, no sólo con todo aquello que consideraba fracaso político, sino también contra su propia condición de escritor sin patria y sin tradición. En París, Gaitán

tomó varios cursos de cine y crítica cinematográfica, en el IDHEC. Allí conoció a Dina Moscovici, con quien se casó y tuvo una hija, Paula, en 1952.

Durante ese año viajó por Rusia y China: criticó duramente las inhumanidades del régimen soviético y en

cambio encontró un modelo quasi-ideal de revolución popular en China. Entre el 52 y el 53 recorrió Europa, vivió en Londres y en España y regresó a América. Después de una breve estancia en Río de Janeiro, donde vivía la familia de Dina, Gaitán retornó a Colombia, en junio de 1954, trayendo consigo los poemas que conforman El libertino, y con renovadas ansias de promover una empresa cultural de gran alcance.

Se convirtió en socio fundador de la Editorial Antares y dictó clases en la Universidad Nacional: esas dos actividades presuponen el tipo de “empresa” que quería crear: una revista de cultura. Como premonición de lo que será la “razón intelectual” de Mito (su revista y movimiento), cuyo primer número se entregó en mayo de 1955, razón intelectual que es una “problemática”, puede leerse esta anotación en su Diario un par de años atrás: No es falta de convicción lo que hiela al intelectual en la batalla; es su desdoblamiento: reflexiona sobre el acto en el mismo instante en que actúa.

No logra confundirse con su lucha. Está en el infierno del sujeto. Cada cosa le parece presunción de una problemática: cada hecho le exige una decisión, en la cual compromete todo lo que es. En su obra se manifiestan los prejuicios que forman imperceptiblemente el “orden cultural establecido. Mito nació bajo el signo de esa advertencia, de esa, si se quiere, contradicción del intelectual burgués. Plenamente asumida, plenamente consciente. Se trataba de una revista bimestral, conformada sobre dos grandes ejes: el literario (con especial atención a la poesía) y el ensayístico o de pensamiento (sociológico, filosófico e histórico, principalmente).

Los intelectuales “nuevos”, los de su generación, que Gaitán Durán había hallado, con quienes

había hecho amistad y en quienes iba a delegar la misión de co-dirigir la revista, eran Hernando Valencia Goelkel, a quien había conocido en España, Pedro Gómez Valderrama y Rafael Gutiérrez Girardot, quien ya parecía haber optado por quedarse en Alemania. Más tarde, regresó su coterráneo (de Cúcuta) Eduardo Cote Lamus, a quien también había reencontrado en España y apreciado en las nuevas coincidencias intelectuales, olvidando viejas diferencias políticas y de provincia. Desde el primer número, la revista se caracterizó por sus excelentes colaboradores, sobre todo internacionales. A través de sus viajes, Gaitán había conseguido entablar amistad o hacer contacto con escritores y pensadores de todo el mundo. Por eso encontramos en Mito colaboradores como Octavio Paz, Vicente Aleixandre, José Manuel Caballero Bonald, Juan Liscano, Julio Cortázar, Jorge Guillén o Carlos Fuentes.

Por otra parte, y en esto radica la gran importancia de la revista en nuestro medio, tradujeron de primera mano artículos y documentos claves del pensamiento moderno: Jean-Paul Sartre, Georg Lukács, Martin Heidegger, Edmund Husserl, Georges Bataille, Wright-Mills y muchos otros. Por su espíritu abierto, sus colaboradores y la visión actual y comprometida de sus gestores, Mito se convirtió en la revista de cultura más importante del país.

Gaitán estaba en todo: escribía, redactaba, traducía, corregía pruebas, apuraba a los colaboradores, cazaba nuevos textos, seleccionaba. Pero él sabía que para Mito seguían siendo importantes sus viajes; por eso no se detuvo, no se sedentarizó en Bogotá. En 1956 regresó a Europa y dejó a Valencia Goelkel encargado de la revista. Es un decir: él siguió tan encargado como antes, ahora en París. Al viajar, Gaitán no abandonó sus inquietudes políticas, pues desde meses atrás estaba empeñado en formalizar un movimiento intelectual contra la dictadura del general Gustavo Rojas Pinilla.

Cuando regresó, en 1957, Mito fue vocero de ese movimiento hasta la caída de Rojas, en mayo. Desde ese momento, Gaitán Durán intensificó su acción política, dentro y fuera de la revista. Hizo parte del MRL (Movimiento Revolucionario Liberal), creado por Alfonso López Michelsen como disidencia liberal ante los primeros gobiernos frentenacionalistas; escribió en La Calle, el órgano de divulgación de ese movimiento, una serie de ensayos penetrantes sobre la realidad po-



lítica nacional desde el readvenimiento del liberalismo al poder en 1930 (esos ensayos integraron posteriormente el volumen *La revolución invisible*, tal vez el ensayo político más revelador escrito en Colombia); acompañó a López en sus giras y llegó a figurar en listas para el Congreso. Mientras tanto, Mito continuaba su gran labor de difusión literaria, y en 1957, aprovechando el hecho de ser una empresa editorial

con el respaldo de Antares, se dio inicio a la colección bibliográfica de Ediciones Mito con la publicación de *Pesadumbre de la belleza*, de Baldomero Sanín Cano, el anciano decano de los ensayistas colombianos, quien murió ese año y a quien Gaitán había rescatado también para la revista. Descontando la publicación de sus dos últimos libros de poemas y los escasos avatares de una vida privada que era casi por completo una "vida de escritor", los últimos años de Gaitán se confundieron con los de la revista Mito.

En 1959 se divorció de Dina y perdió luego la custodia de su hija Paula, mientras se afianzaba en una nueva relación sentimental con la escultora Feliza Bursztyn, con quien viajó a España en una suerte de luna de miel gozosa que nos relató en la segunda parte de su Diario. Ese año publicó *Amantes*, para algunos el mejor de sus libros de poemas y, en todo caso, el más conocido y acaso más representativo, en el sentido de retomar la temática del erotismo desde una perspectiva eminentemente reflexiva, sin perder el énfasis, notorio en sus dos primeros libros, en los tópicos trágicos de la caída y el desafío a los dioses.

En 1961 publicó *Si mañana despierto*, en las Edi-

ciones Mito, poemario en el que incluyó un fragmento del Diario (con la clara conciencia de que era publicable como literatura). Ese mismo año escribió el libreto de la ópera *Los hampones*, que se presentó en octubre con música de Luis Antonio Escobar y escenografía de David Manzur. Poseído por el afán de cubrir varios campos, según su modelo del intelectual moderno, el año de su muerte (1962) fue su época más prolífica y febril en cuanto a actividades.

Tras el lanzamiento de *Si mañana despierto*, Gaitán fue homenajeado por los "intelectuales" de Colombia, una lista abigarrada de escritores, pensadores, artistas, hombres públicos y poetas en quienes el magisterio de Gaitán, por lo menos oficialmente, es innegable. Por los mismos días, perdió por muy poco una curul en el Senado, ocupando el tercer renglón de la lista del MRL encabezada por Álvaro Uribe Rueda e Indalecio Liévano Aguirre.

Publicó dos cuentos, con uno de los cuales, "El serpentario"; ganó el Premio Nacional de Cuento. En abril viajó a París con la intención, muy significativa, de gestionar una edición completa de su Diario. Al regreso, el 22 de junio, murió al estrellarse el avión de Air France en que regresaba a Colombia en el momento en que tenía más planes y entusiasmos. La obra de Gaitán Durán es compleja. Abarca diversos géneros y no siempre resulta lograda en cada título. Por eso la mejor manera de abordarlo como escritor es bajo la insignia del intelectual. Fue un político intelectual, un crítico intelectual, un editor intelectual e, incluso, y sobre todo, un poeta intelectual.

Su obra poética es disímil, pero llena de marcas de personalidad literaria. Él sabía que su lucha era contra la retórica, pero que no era fácil desprenderse de ese estigma, no por lo menos sin sacrificar ciertos temas y ciertas expresiones que hacían atractiva la poesía de otros autores. Pero en su conjunto esta obra poética es notable: tanto por la intensidad del canto como por la novedad de la propuesta. Como ensayista, sus textos resultan de una agudeza y lucidez poco usual entre los escritores colombianos. Por otra parte, fue fundador indiscutible de temas y modos de ver los problemas histórico-culturales en nuestro medio. El legado de su revista, por el movimiento que nucleó y generó, sigue siendo un punto de partida para las nuevas generaciones intelectuales que buscan definirse en la historia nacional y mundial.



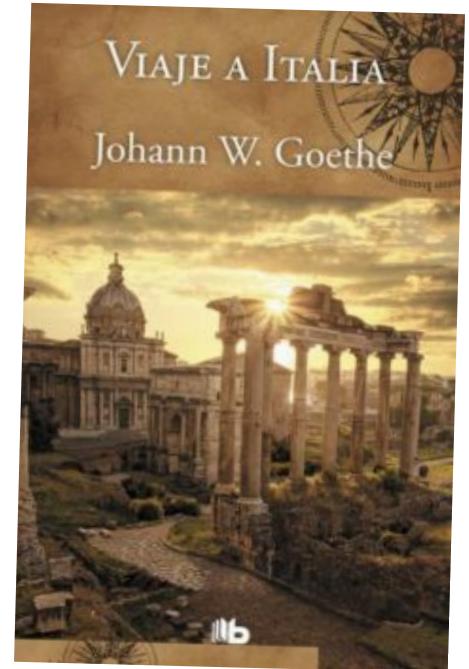
Viaje a Italia

El fascinante Diario de Goethe

«Todos somos peregrinos que buscan Italia», escribió Goethe en un poema dos años después de regresar a Alemania tras su estancia de casi dos años en la tierra con la que tanto había soñado. Para Goethe, Italia era el cálido y apasionado sur, en contraposición al húmedo y cauteloso norte; el lugar donde el pasado clásico aún vivía, aunque en ruinas; una secuencia de paisajes, colores, árboles, costumbres, ciudades y monumentos que hasta entonces solo había visto en sus escritos. Se describió a sí mismo como «el enemigo mortal de las meras palabras» o lo que también llamaba «nombres vacíos». Necesitaba llenar los nombres de significado y, como él mismo lo expresó de forma bastante extraña, «descubrirme en los objetos que veo», literalmente «aprender a conocerme por o a través de los objetos». También escribe sobre su antigua costumbre de «aferrarse a los objetos», lo cual le da buenos resultados en el nuevo destino. Quería saber que lo que creía que podría ser el paraíso existía realmente, aunque no lo fuera del todo, e incluso si al final no quería quedarse allí. Viaje a Italia (en el original alemán: *Italienische Reise* [ita'li:nɪʃə 'baɪ̯ze]) es el informe de Johann Wolfgang von Goethe sobre sus viajes a Italia de 1786 a 1788 que se publicó en 1816 y 1817. El libro se basa en los diarios de Goethe y tiene un estilo suavizado, carece de la espontaneidad de su informe de diario y se aumenta con la adición de reflexiones y reminiscencias posteriores.

A principios de septiembre de 1786, cuando Goethe acababa de cumplir 37 años, se escabulló, según sus propias palabras, de sus funciones como consejero privado del ducado de Weimar, de un largo romance platónico con una dama de la corte y de su inmensa fama como autor de la novela *Las desventuras del joven Werther* y de la turbulenta obra teatral *Götz von Berlichingen*, y se tomó lo que se convertiría en una excedencia remunerada. Logró convencer a su patrón, el duque Karl August, de que aceptara una ausencia remunerada.

Para mayo de 1788, viajó a Italia vía Innsbruck y el paso del Brennero, y visitó el lago de Garda, Verona, Vicenza, Venecia, Bolonia, Roma, los Montes Albanos, Nápoles y Sicilia. Escribió numerosas cartas a varios amigos en Alemania, que posteriormente le sirvieron de inspiración para su Viaje a Italia.



Viaje Italiano inicialmente toma la forma de un diario, con eventos y descripciones escritas aparentemente poco después de su ocurrencia. La impresión es, en cierto sentido, cierta, ya que Goethe claramente trabajaba a partir de diarios y cartas que compuso en aquel entonces, y al final del libro distingue abiertamente entre su correspondencia antigua y lo que él llama reportaje. Pero también hay una fuerte y, de hecho, elegante sensación de ficción en el conjunto, una especie de serena inmediatez. Goethe afirmó en una carta que la obra era «a la vez completamente veraz y un elegante cuento de hadas». Tenía que ser algo así como un cuento de hadas, ya que fue escrita entre treinta y más de cuarenta años después del viaje, entre 1816 y 1828-1829.

La obra comienza con una famosa frase latina, *Et in Arcadia ego*, aunque originalmente Goethe usó la traducción alemana, *Auch ich in Arkadien*, que altera el significado. Esta frase latina suele imaginarse como pronunciada por la Muerte —este es su sentido, por ejemplo, en el poema de WH Auden llamado “*Et in Arcadia ego*”—, lo que sugiere que todo paraíso está

afligido por la mortalidad. Por el contrario, lo que dice el *Auch ich in Arkadien* de Goethe es “Incluso yo logré llegar al paraíso”, con la implicación de que todos podríamos llegar allí si lo eligiéramos. Si la muerte es universal, la posibilidad del paraíso también podría ser universal. Esta posibilidad no impediría su pérdida, e incluso podría requerirla, o al menos requeriría que algunos de nosotros la perdiéramos. El libro termina con una cita de Tristia de Ovidio, lamentando su expulsión de Roma. Cum repeto noctem, escribe Goethe en su propio alemán, citando además un pasaje entero: «Cuando recuerdo la noche...» Ya atesora no sólo mucha nostalgia y arrepentimiento, sino también un tesoro más complejo: la certeza de que no se limitó a imaginar la tierra donde otros viven felices para siempre.

Durante su estancia en Italia, Goethe aspiró a presenciar y respirar las condiciones y el entorno de una zona antaño altamente culta —y en ciertos aspectos aún lo era—, dotada de numerosas obras de arte significativas. Además del afán por estudiar las cualidades naturales del Mediterráneo, se interesó sobre todo por los vestigios de la Antigüedad clásica, especialmente por el Renacimiento, pero mucho menos por el arte barroco, entonces predominante. Despreciaba por completo el arte medieval. Durante su estancia en Asís, no visitó los famosos frescos de Giotto en la Basílica de San Francisco de Asís. Muchos críticos han cuestionado esta extraña decisión.

En Verona, donde elogia con entusiasmo la armonía y las finas proporciones del anfiteatro de la ciudad, afirma que esta es la primera obra auténtica de arte clásico que ha presenciado. Venecia también atesora tesoros para su formación artística, y pronto queda fascinado por el estilo de vida italiano. Adquiere las obras impresas de Andrea Palladio y las estudia intensivamente. Tras una larga estancia en Venecia y una breve en Florencia, llegó a Roma. Fue allí donde conoció a varios artistas alemanes de renombre y estableció amistad con Johann Heinrich Wilhelm Tischbein y la destacada pintora neoclásica Angelica Kauffman. Visitó las famosas colecciones de arte de Roma con ella y su esposo, Antonio Zucchi.

Otros artistas con los que se reunía frecuentemente eran el pintor Johann Friedrich Reiffenstein y el escritor Karl Philipp Moritz. Goethe vivió con Tischbein en su apartamento en Via del Corso, Roma, hoy Casa di Goethe, un museo en el Viaje Italiano. Se quedó allí desde octubre de 1786 hasta febrero de 1787 cuando viajaron juntos a Nápoles y Goethe fue a Sicilia, y nuevamente desde junio de 1787 hasta abril de 1788. Tischbein compartió la casa con varios otros pintores alemanes y suizos.



Pintó uno de los retratos más famosos de Goethe, Goethe en la Campaña romana.

Goethe buscó obras de arte antiguas por todas partes, en museos y colecciones privadas, viajó dos veces al Palacio Real de Portici donde se exhibían las excavaciones de Pompeya y Herculano, visitó los templos griegos en Paestum varias veces. Mientras Tischbein se quedó en Nápoles buscando encargos, Goethe fue a Sicilia con el pintor alemán Christoph Heinrich Kniep. Allí se dedicó intensamente a las entonces prácticamente desconocidas ruinas griegas de Agrigento. En Palermo, Goethe buscó

lo que llamó «Urpflanze», una planta que sería el arquetipo de todas las plantas.

En su diario, Goethe muestra un marcado interés por la geología de las regiones meridionales de Europa. Demuestra un profundo y amplio conocimiento en cada tema. Con mayor frecuencia, escribe descripciones de muestras de minerales y rocas que recupera de las montañas, riscos y cauces de ríos de Italia. También emprende varias peligrosas excursiones a la cima del Vesubio, donde cataloga la naturaleza y las cualidades de diversos flujos de lava y tefra. Es igualmente hábil para reconocer especies de plantas y flora, lo que estimula la reflexión y la investigación sobre sus teorías botánicas.

Si bien sus investigaciones científicas pueden atribuirse mayor credibilidad, Goethe mantiene un interés reflexivo y admirativo por el arte. Tomando a Palladio y a Johann Joachim Winkelmann como referentes de su desarrollo artístico, Goethe amplía su horizonte de pensamiento respecto a los conceptos clásicos de belleza y las características de la buena arquitectura. De hecho, en sus cartas comenta periódicamente el crecimiento y el bienestar que Roma le ha proporcionado. La abundancia de objetos de arte de alta calidad resulta crucial en su transformación durante estos dos años fuera de su ciudad natal, Alemania.

ROMA Y NÁPOLES

Goethe permaneció casi tres meses en Roma, a la que describió como «la Primera Ciudad del Mundo». Su compañía era un grupo de jóvenes pintores alemanes y suizos que se alojaban con Tischbein, Friedrich Bury, Johann Heinrich Meyer, Johann Heinrich Lips y Johann Georg Schütz. Dibujó y pintó acuarelas, experimentó con el modelado de una cabeza de Hércules e incluso barajó brevemente la idea de pasar de escritor a pintor cuando tomó clases de pintura con Jakob Philipp Hackert en Nápoles. Pero pronto se dio cuenta de sus limitaciones en este campo. Visitó lugares famosos, reescribió su obra *Ifigenia* y reflexionó sobre sus Obras Completas, que ya estaba escribiendo en su país. Ahora podía recordar lo que llamó su «salto mortale» (salto mortal), su intento de libertad, y se lo había explicado en cartas a su amante y amigos. Pero no podía establecerse. Roma estaba llena de ruinas, pero demasiado había desaparecido. «La arquitectura emerge de su tumba como un fantasma». Todo lo que podía hacer era «venerar en silencio la noble existencia de épocas pasadas que han perecido para siempre». Fue en este punto, como lo expresa claramente Nicholas Boyle en el primer volumen de su biografía, que Goethe comenzó a pensar en convertir su «huida a Roma... en un viaje por Italia».

De febrero a mayo de 1787 estuvo en Nápoles y Sicilia. Subió al Vesubio, visitó Pompeya y se encontró contrastando la alegría napolitana con la solemnidad romana. Le asombró que la gente pudiera vivir como él solo había imaginado, y en un emotivo pasaje escribió:

Nápoles es un paraíso; todos vivimos en un estado de ebriedad, yo incluido. Me siento como una persona completamente distinta, a quien apenas reconozco. Ayer pensé: O estabas loco antes, o lo estás ahora.

Y SOBRE LOS LUGARES DE INTERÉS:

Se puede escribir o pintar todo lo que se quiera, pero este lugar, la costa, el golfo, el Vesubio, las ciudades, las villas, todo, desafía toda descripción. No puedo describirles la gloria de una noche de luna llena mientras paseábamos por las calles y plazas hasta el interminable paseo marítimo de Chiaia, y luego recorrimos la orilla del mar. Me sentí abrumado por la sensación de espacio infinito. Poder soñar así sin duda valió la pena el esfuerzo que me costó llegar hasta aquí. Sin embargo, no se entrega predominantemente a reflexiones literarias ni a pensamientos sobre los clásicos del arte. En cambio, observa con atención su nuevo entorno.

Por ejemplo, contradice al autor de viajes alemán Johann Jacob Volkmann, quien habla de “treinta a cuarenta mil holgazanes” en Nápoles, al observar en detalle lo que los miembros de las clases bajas afrontan a diario. Describe sus diversas actividades, incluido el trabajo in-



fantil, y concluye que había observado “mucha gente mal vestida”, pero ninguna desempleada. Amplía las observaciones de la abundancia de frutas, verduras y pescado durante todo el año con una comparación histórica de los pueblos del sur y del norte.

Estos últimos, debido a las condiciones climáticas y agrícolas, se vieron obligados por la naturaleza a prepararse de forma completamente diferente para los duros inviernos, lo que resulta en una “industria nórdica” mucho más eficiente. Por otro lado, los napolitanos pobres comprenden al mismo tiempo “disfrutar del mundo al máximo”, como si todas las clases sociales allí “no trabajaran a su manera solo para vivir, sino para disfrutar, e incluso quisieran encontrar la felicidad en su trabajo”. En esencia, Goethe tiene una actitud positiva hacia la mentalidad y el estilo de vida italianos y espera poder adoptar algunos de ellos para sí mismo y su futura vida en Weimar.

A diferencia de Roma, Goethe, el ennoblecido ministro ducal, intentó no retirarse de la vida social en Nápoles. Más bien, transmitido por el filósofo príncipe Gaetano Filangieri, se dejó invitar a palacios aristocráticos y socializó con el embajador británico Sir William Hamilton y su esposa Lady Emma. En algunos lugares Goethe también inserta anécdotas, por ejemplo, sobre la poco convencional hermana de Filangieri que estaba casada con el anciano príncipe Filippo Fieschi Ravaschieri y disfrutaba ofendiendo a sus invitados eclesiásticos, como Goethe describe con deleite. O sobre el tiránico gobernador de Messina, cuya mesa del almuerzo, llena con docenas de invitados, no se le permite comenzar hasta que los soldados hayan registrado toda la ciudad en busca de Goethe, quien inocentemente se saltó la comida para hacer turismo sin saber que tenía el lugar de honor junto al gobernador.

Tras regresar a Roma desde Sicilia vía Nápoles en junio de 1787, Goethe decidió, en lugar de regresar a Weimar como tenía previsto, quedarse en Roma otro invierno, que resultó ser casi un año entero. Retrasó su partida hasta después de la Pascua del año siguiente y no partió hasta abril de 1788. Además de *Ifigenia*, también terminó su obra *Egmont* en septiembre de 1787. Algunos viajes —el de Goethe fue uno de ellos— son en realidad búsquedas. Viaje a la italiana no es solo una descripción de lugares, personas y cosas, sino también un documento psicológico de suma importancia.



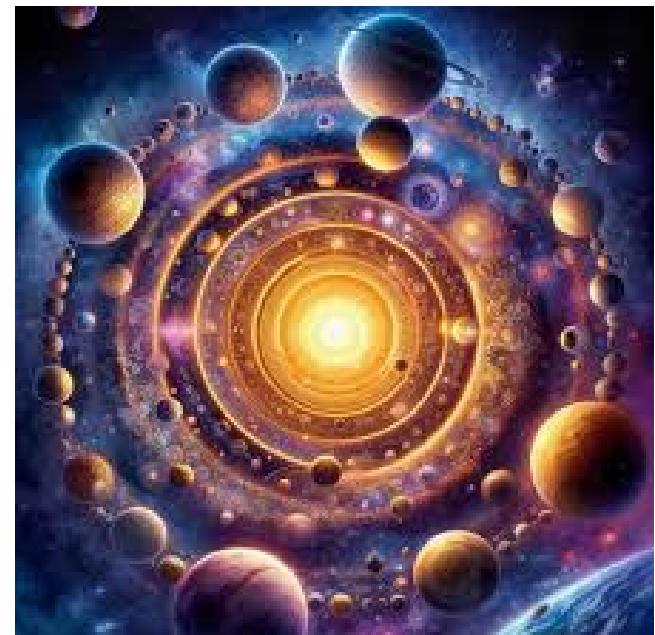
La materia que actúa como el pegamento del universo

ALEJANDRO RODRÍGUEZ

La materia oscura no interactúa con la luz o lo hace de forma muy débil. Uno de los grandes misterios que plantea el cosmos es la materia que lo compone. Entender su tipología y comportamiento es clave para avanzar en el complejo funcionamiento del espacio infinito. ¿Cómo es la materia cósmica? Básicamente, hay que distinguir dos tipos de materia. Una de ellas es la ordinaria. Todos los objetos de nuestro día a día están formados por esta clase de materia que se compone de átomos, protones, neutrones, electrones... En definitiva, es la materia conocida.



Sin embargo, existe otro tipo de materia mucho más desconocida e ‘invisible’, pero con una importancia crucial: mantener unidos todos los elementos del universo. Es la materia oscura, una forma de materia que no interactúa con la luz o lo hace de forma muy débil, es una forma de materia básicamente invisible, que no emite, absorbe o refleja luz. Pero, si no somos capaces de verla, ¿cómo sabemos que existe? La pista está en la velocidad, el movimiento de las galaxias de nuestro sistema solar es el que nos da pistas sobre la existencia de materia oscura. La ciencia establece que todos los astros del sistema solar giran a la misma velocidad, sin importar lo cerca o lejos que se encuentren del centro. Una velocidad cons-



tante y uniforme porque hay un elemento desconocido que lo hace posible: la materia oscura. “Es necesaria una materia ‘extra’ para explicar que entre las galaxias haya distancia y, a la vez, permanezcan unidas formando un todo”. Los científicos estiman que entre el 80 y el 85% de toda la materia del cosmos es materia oscura. Quizás, en un futuro no demasiado lejano, la ciencia resuelva por completo el gran enigma de la materia oscura. S

